

REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

JAN 24 1977

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

Evangelizar	1
El llamado de Jesús y la ética social según el testimonio del Nuevo Testa- mento y las Confesiones Luteranas ..	8
Nuestro camino hacia el hombre Moderno	18
Seminario de perfeccionamiento de pastores	26
Selecciones de un trabajo del Dr. Schultze	32
Algo para pensar	38
Bibliografía	39
Bosquejo para sermones	40

VI 23
3

NUESTRO CAMINO HACIA EL HOMBRE MODERNO Trabajo bíblico a base de Juan 14:1-19

J. Glenthøj

Como discípulos de Jesús podemos tratar nuestro tema sólo como pregunta dirigida a Jesús. Su respuesta será para nosotros la respuesta. De lo contrario no somos sus discípulos, no somos cristianos.

En primer término tenemos que habérmolas con la pregunta de Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" (v. 5). Esta pregunta por la meta y por el camino de Jesús revela, por una parte, un insuficiente conocimiento en el que así pregunta. Pero revela también que este hombre cree haber planteado una pregunta válida. Lo que impulsa a Tomás a preguntar es su convicción de que no está satisfactoriamente informado en cuanto al camino de Jesús. Cree poder ir por este camino con tal de poseer el saber correspondiente. Aparentemente, Tomás necesita a Jesús sólo como instructor en la sabiduría y como ejemplo.

En segundo término nos hallamos ante la pregunta de Felipe: "Señor, muéstranos el Padre, y nos basta" (v. 8). Es evidente que aquí no se trata sólo de una pregunta. Antes bien, Felipe indica a Jesús qué verdad y qué realidad debe comunicarle. Felipe desea que se le muestre la realidad del Padre celestial a fin de que los discípulos estén en condiciones de arreglárselas sin Jesús. No es un saber lo que aquí se busca, sino el recibir una demostración.

Pero ¿qué tiene que ver la pregunta por el camino de Jesús al Padre con nuestro tema, que es "Nuestro camino hacia el hombre moderno"?

Las dos preguntas de los discípulos son, en el fondo, también las preguntas del así llamado "hombre moderno". Recuerdo haber oído decir a un sacerdote anglicano: "Todo el mundo habla de cierto "hombre moderno". Pero para decir la verdad: nunca me encontré con ese hombre moderno". Sin embargo, todos tenemos una noción de lo que se quiere decir con ello. Se trata del problema elemental: ¿Por qué se marchita la fe cristiana en tantísimos de nuestros contemporáneos? ¿Por qué son tantos los hombres que le dan al espaldas al cristianismo y a la iglesia? ¿Qué impedimen-

tos hay en nuestro camino con el evangelio al hombre moderno? ¿Cómo proclamamos y testificamos el evangelio al hombre de nuestros días?

Los modernistas de todas las épocas creyeron que el hombre existente en sus tiempos era el hombre verdadero y real, y como tal a la vez la norma, la fuente y el objeto de todos los conocimientos. De acuerdo con esta creencia, "modernizar" significa entonces medir las ideas, los puntos de vista y las verdades conforme a la norma del hombre verdadero, y adecuarlos a él. En el mismo concepto de lo "moderno" hay inherente un desprecio de lo no-moderno. Esto vale también para la naturalidad con que el hombre moderno se considera a sí mismo la fuente de conocimiento para las verdades y metas divinas y para el divino plan de la salvación. El hombre moderno de todos los tiempos creía, además, estar a la búsqueda del Dios verdadero.

Tomás, como los griegos en 1 Co. 1:22, pregunta por sabiduría. Al tener el conocimiento correcto acerca del objetivo final de Jesús, cree tener también la capacidad de reconocer y seguir el camino de Jesús. Opina estar libre de culpa y cargo si por no poseer este conocimiento no sigue este camino. Así pensaba el hombre moderno de todas las edades. Lo único que le falta es el saber, ya sea en el campo ético, religioso, técnico o político. Conocimiento implica capacidad, y capacidad implica permisibilidad —en palabras más sencillas: lo que se sabe hacer, se puede hacer, y lo que se puede hacer, está permitido hacer. Felipe en cambio, como los judíos en 1 Co. 1:22, pregunta por señales. "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta." El hombre moderno cree saber lo que le basta. Cree ser el hombre real, y saber qué es la realidad del hombre. "Muéstranos el Padre, pero no nos hables de diablo y demonios, de pecado y culpa, de muerte y condenación." El hombre moderno quiere explicación y aclaración, quiere evidencias. Quiere ver.

Así como aquellos discípulos creían en el Padre, a juzgar por sus preguntas, así también un buen número de hombres modernos creen en el Padre, en el siguiente sentido: O Dios es un Padre y se comporta como tal, o no hay Dios. Esta manera de plantear alternativas es sin lugar a dudas el motivo por qué muchos se tornaron ateos al no alcanzar a ver la paternalidad de Dios. Al igual que Felipe, el ateo cree

que Dios tiene que ser puesto de manifiesto como Padre, quiere decir, como proveedor de dicha, armonía, paz exterior, paz en el alma y paz en el mundo.

Lo que aquí está en juego es el sentirse cómodo en el mundo, no el contar con la complacencia de Dios. La pregunta acerca de lo que es la postura del hombre ante Dios es desplazada por la pregunta acerca de lo que es la postura de Dios ante el hombre. Lo que en este contexto es llamado "Padre" no es en última instancia Dios como el Padre celestial de Jesucristo, sino Dios como el "Padre Cielo", como Júpiter, el dios del cielo entre los romanos. Dios aparece de esta manera como una dimensión de lo existente y es identificado con el universo creado. Se lo busca en sus señales, en su epifanía. Un Dios oculto no tiene atractivos para el hombre moderno, vale decir, para el Viejo Adán. Este hombre quiere ver y conocer, pero no creer, esperar, convertirse ni vivir en y por Dios.

La fe que constituye el fondo de la petición: "Muéstranos el Padre, y nos basta", es un anhelo de seguridad, de gozar del privilegio de ser hijo. Es el suspirar de la criatura por liberación de toda servidumbre, por liberación de la muerte, y por esa plenitud que se concretará cuando Dios sea todo en todos. Es el ansia por conseguir acceso y entrada al Lugar Santísimo, el deseo de poder permanecer en pie delante de Dios. Pero una fe tal no es capaz de correr el velo entre Dios y el hombre. Pues no basta con buscar a Dios como Padre.

Siguiendo por este camino, el hombre no llega a encontrarse con Dios Padre; tampoco llega a establecerse la relación filial del hombre para con Dios. El hombre deja de ser verdadero hombre. Ni el pecado ni la muerte forman parte de la verdadera "humanitas". Satanás y los demonios no forman parte de la realidad de la creación. El hombre en tal condición no está en el camino que conduce a través del velo al Padre. Tampoco está en la verdad de Dios. Cree estar vivo, y ya ha muerto. La pregunta por un Dios misericordioso le repugna, pues a su modo de ver, toda la culpa y la culpa de todo la tiene el Dios omnipotente. Si Dios no emplea su omnipotencia para hacer frente al pecado que carcome al mundo — así razona el hombre convencido de su propia perfección — entonces Dios mismo es el culpable

de todo lo malo que hay —. Y no obstante, Dios sigue siendo Dios, y el hombre sigue siendo hombre. Quien busca o experimenta a Dios aparte de Jesús, encuentra no al Padre sino al santo Juez ante el cual nadie puede subsistir. Aquel a quien no le ha sido revelado el camino, la verdad y la vida de Dios, tiene que entregarse a esperanzas falsas e ilusiones. “No hablen del diablo, de pecado y muerte. Hablen más bien de problemas. Perdónate a ti mismo. Olvida la muerte.” Pero el que comprende en algo la verdad de Dios, reconoce al mismo tiempo cuál es su situación ante Dios; reconoce cuán desesperadamente necesita él de este Dios.

Si la iglesia o cristianos individuales creen tener que preguntar al hombre moderno acerca del camino hacia Jesús, harán bien en acordarse de las palabras escritas en Jn. 2:25, 25: “Jesús no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”. Si hasta la iglesia y los cristianos individuales tienen el espíritu y el modo de pensar que evidenciaron los discípulos Tomás y Felipe, el camino de Cristo hacia el hombre moderno, y también el camino del hombre moderno al Padre, está irreparablemente obstruido. Esta es una cuestión enteramente personal para el cristiano individual, y ante todo para los encargados de proclamar el mensaje en la iglesia. El corazón impenitente se revela en la pregunta planteada por Tomás y Felipe. Si el corazón impenitente hace oír su voz en el sermón y en el testimonio de los cristianos, pronto aparece otro evangelio que ya no es evangelio, otra confesión que ya no es una confesión cristiana, otra doxología que ya no es doxología cristiana, etc. El camino con el evangelio para alcanzar al hombre moderno tiene que comenzar, pues, con la súplica del cristiano por un corazón abierto al arrepentimiento. “Arrepentimiento” empero implica, en esta conexión, que dejemos de lado la propia sapiencia, la presunción de saberlo todo mejor, las exigencias personales a Jesús; consiste, en cambio, en prestar oídos a lo que dice Jesús acerca del camino por el cual él fue al Padre en bien nuestro, y a su auto-testimonio en cuanto a su carácter de Hijo de Dios y Mediador entre el hombre y Dios.

A las preguntas y exigencias de los corazones impenitentes, Jesús responde con el testimonio acerca de sí mis-

mo, que para nosotros es idéntico con el evangelio: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (v. 6).

Jesús no se designa como **un** camino, sino como **el** camino. Para poder interpretar esta auto-designación, tenemos que partir de la gran profecía de Isaías referente a la repatriación del pueblo de Dios desde Babilonia a Jerusalén a través del desierto: "Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios". Además tenemos que acompañar a Israel en su marcha bajo esta profecía a través de los siglos. Por influencia del espíritu profético, la profecía tocante al camino del Señor fue profundizada y desarrollada en este pueblo, hasta que la designación EL CAMINO se convirtió en designación fija para la vivencia entera con Dios. Se hablaba del "camino de la vida" y del "camino de la muerte", del "camino de la verdad" y del "camino de la mentira". La secta de Qumrán como así también Juan Bautista se sentían llamados a obedecer a esta profecía: "Enderezad el camino del Señor" (Jn. 1:23; 1 QS VIII 12-16). Jesús dijo con respecto a Juan Bautista: "Vino a vosotros Juan en camino de justicia" (M. 21:32). Los fariseos y herodianos dijeron a Jesús: "Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie" (Mt. 22:16). Los cristianos primitivos se entendían a sí mismos como "hombres y mujeres de este camino" (Hch. 9:2 y otros). A veces, el "Camino" estaba condensado en un breve catálogo, como en el caso de la regla de la secta de Qumrán.

Con la auto-descripción de Jesús: "Yo soy el Camino", la profecía culmina en el cumplimiento. Jesús no sólo enseña el divino camino de la salvación: él es la Salvación. No sólo enseña la verdad de Dios: él es la Verdad de Dios. No sólo enseña la vida: él es la Vida hecha persona. Lo que Jesús enseña está ligado indisolublemente a su persona. Por lo tanto, nuestro camino hacia el hombre moderno sólo puede significar: Jesús es el camino hacia el hombre moderno.

"Nadie viene al Padre sino por mí" — así es como Jesús aclara la descripción que acaba de hacer de sí mismo. A la relación filial para con Dios, a la certeza de gozar del amparo de Dios, a la liberación de toda servidumbre y a la vida en la gloria eterna como hijo de Dios — a todo esto

no se puede llegar sino por medio de Jesús.

Jesús es el camino, pero también es la "puerta" (Jn. 10:9), la puerta hacia el redil donde la manada se posa y donde halla reposo y seguridad en las tinieblas de la noche. Él es el Hijo de Dios hecho hombre "que nos abrió el camino nuevo y vivo a través de la cortina, es decir, a través de su propia persona" (He. 10:20, Vers. Popular). Únicamente el Sumo Sacerdote puede pasar a través del velo al Lugar Santísimo con el sacrificio propiciatorio y hallar allí la vida. Así, la palabra "por mí" indica que Jesús como Sumo Sacerdote y a la vez sacrificio propiciatorio preparó el camino a través de lo que nos separa de la relación filial y de la vida ante Dios.

Jesús llama al éxodo de toda servidumbre. Él llama a su iglesia a que levante el campamento, la llama a la conversión, a la fe, al bautismo. Pero nos llama también a que permanezcamos en el camino de Dios, en el "hodós" a través del desierto. Nos llama a la verdad, a la verdad de Dios. Nos llama a la "ecclesia", a la Santa Comunión. Él quiere ser de día la columna de nube y de noche la columna de fuego en la cual el Señor va delante de su pueblo. Y Jesús nos llama ante todo al "eishodós", al camino de entrada. Lo característico de este "eishodós" es que Dios mismo tiene que abrirlo y dar la señal para tomarlo, como leemos en la carta a los Hebreos: "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (He. 10:19-23).

Este "eishodós" nunca fue visto antes, como dicen las palabras textuales; es decir, no es un fenómeno demostrable en la historia, ni en la historia conservadora ni en la revolucionaria. Tampoco es un mero efecto ulterior en la historia que debiera concretarse en la forma de una irradiación de Jesús como el "Hombre Nuevo". No es la simple manifestación de una presunta verdad básica común a todas las religiones humanas. Jesús abrió una entrada nueva, que

nunca se vio ni existió antes, una entrada viva — viva porque él mismo es la entrada, el eishodós. Únicamente el Jesús bíblico, que es verdadero Dios y verdadero hombre, es también el Sumo Sacerdote y Cordero del sacrificio que nos puede convertir en hombres nuevos mediante la regeneración. Verdad sin vida sería un Jesús como otro Moisés de la ley. Vida sin verdad sería un Jesús como falso Cristo, aunque con seductorales señales y prodigios. Nuestro camino hacia el hombre moderno jamás puede ser Jesús como un Moisés o como un Cristo falso; antes bien, tiene que ser Jesús como “eishodós”, como Sumo Sacerdote y a la vez Cordero de Dios.

Jesús es no sólo el milagro que nos abre un nuevo camino para llegar a ser hijos de Dios; él es también el milagro de la verdad, el milagro del nuevo conocimiento. El que conoce a Jesús, conoce al Padre. El que ve a Jesús, ve al Padre. Jesús efectúa el milagro de la nueva visión. Jesús mismo se prepara el camino hacia el hombre. Él nos dirige la palabra y nos pregunta: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?”

Cuando Jesús habla, habla el Padre por medio de él y en él; y esto lo confirma el Padre mediante las obras paternas que él realiza por medio de Jesús. Jesús es la morada del Padre, el Lugar Santísimo del templo, el tabernáculo en que se manifiesta la gloria del Padre. Las obras paternas de Jesús confieren credibilidad a las palabras paternas que salieron de su boca. El hombre moderno puede basar su fe en Jesús en las obras paternas de Jesús y en las obras hechas en su nombre. El hombre necesita este apoyo de su fe para estar seguro de que Jesús va al Padre y logra que en su nombre, el Padre escuche nuestras oraciones. “Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré” (v. 13). También en la oración de los fieles, Jesús es “el camino”. La moda de usar la oración para hallar presuntos nuevos caminos por vía de experimentos es un intento contrario a los mandamientos de Jesús. “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (v. 15). El amor hacia Jesús no es un arrebatado sentimental sino un cumplir y hacer, también en nuestras oraciones.

Si no tiene a Jesús, el discípulo queda como un huérfano: sin Padre en los cielos, sin la seguridad de ser hijo de

este Padre, sin herencia, sin abogado ante el Padre. Cristianos modernos que conocen a Jesús sólo como herencia cultural, y a la iglesia sólo como función cultural, pronto adquieren las características de huérfanos. Les queda sólo un vago recuerdo de lo que han perdido. Sin embargo, Jesús no quería dejar huérfanos a los suyos.

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad” (v. 16, 17a). Jesús no nos dejó su Espíritu como otros grandes hombres dejaron el suyo. El Padre cumplió y sigue cumpliendo el ruego de Jesús y nos da una plena compensación por el Jesús viviente: el Espíritu de verdad es enteramente igual al Padre y al Hijo. Jesús viene a los suyos mediante su Espíritu. El Espíritu es, como Jesús, un Abogado y Auxiliador. En el Espíritu de su verdad, Jesús permanece con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo. “Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo el tener vida en sí mismo” (Jn. 5:26). Pero esta vida la tiene no para sí mismo, sino para otros, para los que han quedado huérfanos. El mundo que no conoce a Jesús ni cree en él ni le ama, será siempre un mundo huérfano. Especialmente tristes serán las señales de orfandad allí donde el cristianismo ya recorrió una larga trayectoria y donde la gente se va apartando de Cristo en forma siempre más general. Bien podría suceder que el camino hacia el hombre moderno en proceso de apostasía progresiva tenga que ser mucho más un camino de consuelo, intercesión y ayuda de lo que se imaginan los discípulos incrédulos y sabihondos como Tomás y Felipe —y también Judas.

Este Espíritu de la verdad de Jesús es el Espíritu vivificador, así como el Padre y el hijo son vivificadores. “Yo vivo, y vosotros también viviréis” (v. 19). Donde esta palabra se cumplió, allí hay relación filial y amparo y libertad y amor y vida — todo lo que al hombre se le ha perdido.

Tr. E. R.